

— Sr. Buenaventura, yo sí que puedo exclamar: ¡Eureka!

Y acercándose á la pared, oprimió un botón de bronce, que hizo sonar un timbre en el piso principal de la casa. Casi en el mismo momento se oyeron pasos precipitados en la escalera interior que ya conocemos, y un criado se presentó en el despacho del jurisconsulto.

— Mi sombrero y un coche — le dijo Luis al verlo.

El Sr. Buenaventura hacía entre tanto visajes extraños, como si su fisonomía no supiera qué actitud tomar. Al fin se pasó la mano por toda la extensión de la calva, y balbuceó estas palabras:

— No comprendo..., puede ser... ¡Qué diablura! Pero... sepamos...

Luis esperaba con impaciencia el sombrero y el coche, paseándose de un extremo á otro del despacho, y oyendo las frases entrecortadas de su amanuense, se detuvo, diciéndole:

— Las letras incomprensibles están descifradas. El Americano quiso decir: *Véanse cartas de Febrero y Marzo del año 63.*

Dijo, y salió precipitadamente del despacho, porque ya tenía el sombrero en la mano, y el coche esperaba en la calle.

El secretario se quedó con la boca abierta. Después apretó los puños, repitiendo con ira reconcentrada:

— Eureka... Eureka...

Dió algunos pasos por la estancia, y sentándose delante de la mesa de escritorio, tomó la pluma, exclamando:

— Bien..., no importa..., las cartas de Ripoll no existen.

CAPITULO XVI

RUNRÚN

Mientras Luis corría en el coche que lo esperaba en la calle, empezaba á circular por Madrid un rumor que iba extendiéndose, corriendo de boca en boca, rumor que adquiriría cierto éxito y que ponía en grave conflicto el buen nombre del famoso jurisconsulto.

Aquella mañana había empezado á extenderse el runrún en la Bolsa, donde también, como los valores públicos, se cotiza la honra de los particulares. Desde este centro de contrataciones, ó más bien, permítaseme la crudeza de la frase, desde este garito, tal vez inevitable, en que, sin duda alguna, palpita todo el corazón de la vida moderna, el rumor había pasado á otro centro, donde, á su vez, palpitan todas las malas pasiones que pueden anidarse en la especie humana. La noticia había pasado del palacio de la Bolsa al palacio del Congreso; había pasado desde el vestíbulo donde se juega á la ruina ó la prosperidad de eso que llamamos crédito público, al salón de conferencias, donde se juega á la alza ó á la baja de esa otra cosa moderna que hace cuarenta años tenemos la condescendencia de llamar gobiernos. Había pasado del juego de los banqueros al juego de los partidos. Es decir, hablando vulgarmente, había salido de Malaguilla para entrar en Malagón.

Poco después descendió de estos altos círculos á los círculos inferiores, y antes que los periódicos mejor ente-

rados cerraran la edición de la tarde, la especie traída y llevada por los noticieros de oficio penetraba en las redacciones de los diarios que bebían en buenas fuentes.

Se hacían del caso varias versiones, pero las más acreditadas eran éstas:

El famoso pleito que se intentaba contra Valle-alegre había fracasado. Acerca de este punto todos se hallaban conformes; mas ¿cómo había sobrevenido tan inesperado fracaso? Aquí se dividían los pareceres, porque cada uno sabía el caso de distinta manera, y cada cual lo comentaba á su modo.

Unos decían:

— La cosa no es tan extraordinaria como nos parece. Habíamos concebido la esperanza de tener un gran espectáculo jurídico, y nos cuesta trabajo renunciar á las emociones que nos habíamos prometido... Mas he aquí que el drama se ha quedado entre bastidores, y todo se ha arreglado á telón corrido... ¿Cómo?.. De una manera bien sencilla... Valle-alegre ha soltado unos cuantos millones, que han ido, aunque algo tarde, á consolar á la infeliz viuda y á la hermosa huérfana del Americano; Góngora ha retirado su demanda antes de presentarla, y aquí paz y después gloria.

— ¡Una transacción! — exclamaban otros. — ¡Bah!.. No hay nada de eso. Valle-alegre no es hombre que suelta fácilmente sus millones. Lo que hay es que Góngora ha visto mal el negocio y ha desistido de entablarlo.

Otros confirmaban esta versión, añadiendo:

— Nunca debió creerse que Góngora encontrara medios hábiles de llevar á buen término un pleito desechado por todos los abogados de nota, teniendo enfrente á un enemigo tan poderoso como Valle-alegre.

— Entonces — preguntaban algunos, — ¿qué interés le ha movido á patrocinar una reclamación tan destituida de

fundamento?.. ¿Qué iba ganando con excitar la opinión con el ruido del litigio, para dejarla después con la boca abierta?..

Y contestaban:

— ¡Phs! Góngora no es hombre que hace las cosas á humo de paja..., y es claro que algún fin se propondría; ¿cuál?.. No lo ha dicho á nadie, dejando á las gentes en libertad de presumirlo..., y vaya usted á poner puertas al campo. La huérfana es una bella criatura, insinuante, espiritual..., algo fantástica, y, ¡qué diablo!, Góngora es al fin un hombre de carne y hueso. Añadan ustedes á esta especie la contingencia de que *la Miramar* haya advertido que la hija del Americano es demasiado joven y demasiado bella para cliente, y poniendo pies en pared, ha hecho que su marido renuncie á intervenir en un pleito, que, después de todo, no deja de ser sospechoso.

— ¿Y creen ustedes — advertían algunos — que Góngora se deje manejar por su mujer tan fácilmente?..

— No es enteramente de miel la señora de Góngora — replicaban otros. — Los que la hemos tratado antes de su matrimonio sabemos que tiene su alma en su almario. Además, ¡como ella es la rica!..

— No es creíble que haya incurrido en la vulgaridad de tener celos.

— Por capricho..., por pasatiempo..., por puro fastidio... Las mujeres suelen tener celos por distraerse...

Aquí los que se daban aire de mejor enterados se sonreían, diciendo:

— Sin perjuicio de que todo eso que ustedes dicen sea posible, lo que verdaderamente hay en el fondo de este asunto es un golpe maestro de Valle-alegre... Se le estaba haciendo el *bu* con ese pleito, que nunca llegaba á entablar-se, y cansado de tener suspendida sobre su cabeza esa espada de Damocles, muy bonitamente ha cortado por lo sano.

El que de esta manera hablaba dió una vuelta á su alrededor, y vió en torno suyo un círculo de cabezas dispuestas á oír, se puso en la boca el cigarro que fumaba, y metiendo entrambas manos en los bolsillos del gabán, se encogió de hombros, añadiendo:

— He ahí todo.

Esta salida inesperada en el momento en que había conseguido excitar la curiosidad de los circunstantes, desconcertó al auditorio, por el que circuló un murmullo de desaprobación. Lo que había dicho era bastante para dar nuevo interés al asunto de estas conversaciones, pero bien poco para satisfacer el deseo que la curiosidad despertaba.

Un golpe maestro de Valle-alegre... Muy bien... El afortunado banquero solía tener para los casos extremos recursos extraordinarios; mas ¿qué golpe era éste que había cortado de la noche á la mañana el nudo de un pleito tan ruidoso, que tenía divididos los ánimos y acerca de cuyo éxito se habían hecho apuestas por una y otra parte?

La duda que este último interlocutor echó de ver en los semblantes de los que le rodeaban, le hizo sonreír con cierta expresión compasiva, porque al fin le inspiraba lástima tanta curiosidad defraudada.

— Vamos — dijo. — Hoy no tenemos ningún acontecimiento político que nos conmueva...; al telégrafo del Norte parece que le han cortado la lengua, é ignoramos si á estas horas hay alguna victoria que lamentar. En Cataluña, Aragón y Valencia, lo de siempre, columnas que van y partidas que vienen; cabecillas muertos, que luego resucitan. Esto, verdaderamente, no ofrece novedad ninguna; y aunque todos sabemos que se urde con el mayor sigilo un golpe de Estado contra la Asamblea, no le damos crédito para experimentar que el placer nos coja de nuevas. Es natural que el cacareado pleito esté hoy á la orden del

día. Ya se ve, la especie inesperada de que ya no hay semejante pleito es, indudablemente, una noticia de sensación; se han sostenido opuestos pareceres, hay apuestas por medio... Se trata nada menos que de un banquero poderoso, de un abogado célebre y de una huérfana encantadora;



Aquí hizo alto para animar el fuego del soberbio habano

es, además, cuestión de algunos millones, y ustedes, al encontrarse manos á boca con la noticia que ha empezado á circular esta mañana, quieren saber con pelos y señales qué gato encerrado es el que hay en el asunto.

Aquí hizo alto para animar el fuego que ardía en el extremo del soberbio habano que saboreaba, dando tiempo á los circunstantes para juzgar el mérito del exordio. El juicio fué realmente contradictorio, pues unos lo celebraron con risas, mientras otros lo deprimían con murmullos. Así acontece siempre, porque el público, por pequeño que sea, es por su naturaleza de tal modo complejo, que no hay forma humana de encontrarlo nunca unánime. Es una especie de ciempiés, que por sí mismo no se mueve nunca del

lugar donde se halla, en razón á que quiere andar á un mismo tiempo en diversos sentidos, y he ahí por qué para que vaya á cualquier parte es preciso llevarlo.

Después de arrojar al aire una gran bocanada de humo, que se fué disipando poco á poco, sin trazar esta vez las indispensables espirales, anudó el hilo de su interrumpido discurso, diciendo:

— No hay pleito..., éste es el hecho. La historia del caso está reducida á muy pocas palabras. Anoche tuvieron una larga *encerrona* Valle-alegre y Góngora, en la misma casa del banquero, adonde acudió el abogado... Es la primera vez que ha pisado aquellos portales... Como he dicho, la conferencia fué larga y sin testigos; duró desde las diez hasta después de las doce... Yo, casualmente, no me hallaba allí; pero los amigos de Valle-alegre vieron salir al abogado cabizbajo, seguido del banquero, que llevaba la cabeza erguida, la sonrisa en los labios y la mordacidad en los ojos. No es posible despedir con más finura á una persona. Valle-alegre acompañó á Góngora hasta la gran meseta de la escalera principal, y allí el abogado y el banquero cruzaron la última reverencia, se dieron el último apretón de manos, y se hicieron el último saludo. ¿Qué significaba aquella visita?.. ¿Qué había resultado de aquella conferencia?.. Cuando Valle-alegre volvió de hacer tan solemne despedida, se encontró en las bocas de sus amigos esas mismas preguntas. La respuesta fué guiñar un ojo y señalar con el pulgar de la mano derecha por encima del hombro. Quería decir simplemente: «Va como perro con maza.»

Todo este relato se oía en silencio, lo cual no impedía que unos y otros hicieran diferentes gestos, que podían traducirse en estas diversas exclamaciones:

«¡Bien!»

«¡Bah!»

«¡Oh!»

«¡Ca!..»

De esta manera expresaba cada uno la impresión que experimentaba.

— Los amigos — siguió diciendo — rodearon al banquero, acosándolo á preguntas, y él les contestó: «Nada..., todo está reducido á que ya no hay pleito... Mi terrible adversario ha venido á quemar su último cartucho..., cartucho de pólvora sola.» — ¿Ha propuesto alguna transacción? — preguntaron. «¡Una transacción! — contestó. — Más bien pueden ustedes decir una recomendación... Pero ya se ve, podía ser un lazo. Estos abogados tienen muchas marrullerías; pero cuando él venía, yo iba. Pretendía una indemnización para la viuda, en razón á que los pleitos son siempre enojosos. En resumen, me ha hecho juez del caso, y, como es natural, me he puesto de mi parte. Pueden ustedes extender por el mundo la gran noticia de que ya no hay pleito;» añadiendo: «Señores, soy invencible.» He ahí lo que pasó anoche; esta es la versión verdadera.

Al corrillo donde así se hablaba se había acercado un nuevo personaje, que después de oír atentamente la última parte del relato, dijo:

— Y bien; los amigos del banquero que oyeron toda esa relación de sus labios, ¿qué pensaron?

Los circunstantes se encogieron de hombros.

— Pues bien, señores; pensaron lo que le ocurre á cualquiera que conoce un poco este pícaro mundo en que vivimos. Pensaron pura y simplemente que el banquero había comprado al abogado.

Algunos de los presentes hubieran levantado su voz contra semejante sospecha; porque, á pesar del crédito que en todas partes encuentra la maledicencia, Luis gozaba de una reputación hasta entonces respetada; mas hay una cobardía muy común, que consiste en apartarse para dejar pasar las más alevosas insinuaciones, y estos hombres se

contentaron con callar; nada opusieron á la especie que acababa de caer en el corro como un rayo de luz, temerosos de que aquel pequeño concurso los hubiera tenido por gentes excesivamente cándidas. Es lícito dudar de las acciones generosas, de los actos nobles y heroicos; pero de cualquiera acción miserable ó perversa, ¿quién duda ya?.. La civilización nos ha hecho muy listos, y ya no es fácil comulgarnos con ruedas de molino. Tiene el mal en nuestros tiempos una persuasión irresistible; parece que lleva en sí mismo la demostración de su autenticidad; no hay ya maldades increíbles? ¿Es una perversidad cualquiera la que se nos cuenta?.. Pues bien; no importa que alguna circunstancia haga el caso inverosímil, porque tratándose de una maldad, claro está que es cierta. Desde que nos hemos otorgado la libertad de no creer en Dios, parece que en justa compensación nos hemos comprometido á creer á puño cerrado todas las maldades. Nos hemos ilustrado hasta un punto que me atrevo á llamar pavoroso. Jamás la murmuración ha tenido más éxito; nunca la maledicencia ha ejercido mayor imperio. Lo diré de una vez: cada uno de nosotros piensa para sí que el resto de los hombres debía estar en presidio.

No ha de sorprendernos que la especie que acabamos de oír obtuviera generales muestras de asentimiento, convirtiendo cada una de aquellas bocas en un eco encargado de respetarla y extenderla.

¡Y cómo había de sorprendernos si nosotros mismos al oírla hemos experimentado cierta propensión á creerla! Lector habrá que tenga por inverosímil cuanto llevo revelado en el presente libro, menos la posibilidad de que Luis se hubiese dejado sobornar por Valle-alegre. En cuanto á que sintiera por la huérfana un interés demasiado vivo, me inclino á sospechar que habrá pocas lectoras que no experimenten el temor de tan peligrosa contingencia. Y

justo es confesarlo; en punto á inconstancia, bien pueden ser jueces, si se atiende á la autoridad que les da su natural competencia.

Sería demasiado perfecto un hombre que se resistiera al atractivo de unos cuantos millones y á la insinuante persuasión de una mujer tan joven y tan bella. Colocado Góngora entre Creso y Venus, pudiera muy bien haber optado por Venus y por Creso. En verdad que era rico y que Margarita poseía los encantos de la belleza; pero ¿quién ha puesto límites á la codicia? ¿Quién ha sujetado á reglas fijas los inquietos deseos del corazón humano?

A pesar de tan razonables reflexiones, muchos de los lectores defenderán á Góngora de ambas sospechas, porque, al fin, ¿quién es Góngora?.. Un personaje fantástico, el héroe más ó menos principal, más ó menos verosímil de una novela. Si fuese un ser real y efectivo, un personaje de carne y hueso, ya sería otra cosa. No hay inconveniente en creer que posee todas las perfecciones; ¿qué trabajo le ha costado al autor el dárselas?.. Y vaya usted á hacer creer que no hay invención ninguna en nada de lo que cuento. Yo no soy un novelista, soy más bien un historiador. Yo no invento ni la sociedad que pinto, ni los personajes que describo, ni los sucesos que relato; los tomo, los veo, los dibujo como los encuentro. ¿No?.. ¿Les parece á ustedes excesivo el mérito que me atribuyo?.. Bien, me explicaré en términos más humildes, más modestos y quizá más exactos. No soy un escritor, sino un escribiente; en vez de imaginar, observo; en vez de crear, copio.

El corrillo donde hemos escuchado toda la conversación que antecede, se hallaba situado en la carrera de San Jerónimo, en aquella acera que va y viene de las Cuatro Calles á la Puerta del Sol, en la que encuentran los estómagos débiles la repostería de Lardy, y los ojos curiosos el surtido aparador de Plantey. En esta acera *flanca*, du-

rante las altas horas de la mañana, la gente, según la Baronesa, *comme il faut*, y, hablando en castellano, todos los vagabundos, más ó menos decentes, que animan á Madrid. Por allí suben los que van al Bolsín y bajan los que van al Congreso, formándose la gran confluencia de los dos mercados, en los que cada uno va á su negocio.

Allí es el tejer y destejer conversaciones; allí es el hilvanar comentarios, el circular noticias; allí es donde se encuentran, más afiladas que en ninguna parte, esas cuchillas que llevan en la boca todos los que consagran sus perpetuos ocios á la asidua tarea de desollar al prójimo; allí, como hemos visto, se hablaba del pleito en los términos que hemos oído, porque el runrún, descendiendo del palacio de la Bolsa y del palacio de las Cortes, empezaba á extenderse por las calles, y la Carrera de San Jerónimo, en el punto que he designado, es el gran conducto por donde primeramente corren las novísimas y más curiosas especies del día, que se esparcen después en todas direcciones. La Carrera de San Jerónimo es *La Correspondencia* hablada, donde *La Correspondencia* impresa recoge gran parte del embrollo de sus noticias, para que el resto de España no carezca de este recreo de la inteligencia. Así es que á las oficinas del periódico más ilegible y más leído de cuantos periódicos se publican en Madrid, fué adonde llegó más rápidamente la noticia, pasando de las carteras de los encargados de buscar noticias en las calles á las cajas de la imprenta. Aquella tarde iba á saber el mundo, por conducto de *La Correspondencia de España...*, ¡friolería!, que se había desistido del pleito intentado contra Valle-alegre.

Hé aquí los términos en que se *confeccionó* la especie para arrojarla á las voracidades de la curiosidad pública:

«El espléndido banquero Sr. Valle-alegre y el distinguido jurisconsulto Sr. Góngora, que de tan justa reputa-

ción gozan en el foro y en la banca, celebraron anoche una íntima conferencia, cuyos pormenores ignoramos, por haberse verificado á puerta cerrada y sin testigos en el gabinete del ilustre banquero, reinando en ella la más estrecha cordialidad entre ambos personajes.»

En otro párrafo se expresaba así:

«Los aficionados á los espectáculos jurídicos han sido defraudados en sus esperanzas, porque el pleito de que tanto se ha hablado estos días no tendrá ya lugar, como muchos creyeron, buscando motivos para morder la honradez intachable del Sr. Valle-alegre, á quien tantos beneficios debe la industria y el comercio.»

Para la segunda edición habían llegado nuevas noticias, cuyos apuntes, hechos con lápiz, se ordenaron de este modo:

«Suponen los que en las apuestas sobre el pleito de que en nuestra primera edición hablábamos jugaban en favor del Sr. Góngora, que ha mediado una transacción, y que, por consiguiente, ni han ganado ni han perdido.»

Más adelante decía:

«Bien informados por personas autorizadas, podemos asegurar á nuestros lectores que en el pleito intentado contra el poderoso banquero no ha habido transacción alguna. Lo que generalmente se cree es que el abogado, convencido por las poderosas razones del banquero, ha desistido de presentar la demanda que tenía dispuesta. Algo más añadiríamos para que los lectores se enteraran de todos los pormenores de este asunto, pero no queremos hacerlos eco de las murmuraciones que se han suscitado, y sólo diremos que el buen nombre del activo jurisconsulto, que tanta gloria da al foro español, está por encima de las suposiciones maliciosas.»

En fin, para la última edición, se enviaron á la imprenta los dos párrafos siguientes:

Primero:

«Sabemos que el Sr. Góngora, algo quebrantado de salud, ha decidido abandonar las tareas del foro.»

Segundo:

«Es completamente falso que el rico jurisconsulto señor Góngora haya decidido cerrar su bufete.»

De esta manera el runrún, saliendo de la estrecha publicidad de los corrillos, había entrado en la gran publicidad de las letras de molde.

¿Qué había de verdad en todo ello?..

Nosotros, que seguimos atentamente el curso de esta historia, tenemos algún derecho á saberlo, y al fin lo sabremos.

CAPÍTULO XVII

LA VIUDA Y LA HUÉRFANA

Confieso con toda ingenuidad que anduve poco acertado al dejar que llegase á oídos de los lectores la fama de belleza con que la voz pública ensalzaba los atractivos personales de la hija del Americano, porque estos juicios, que se transmiten de boca en boca, y se transmiten de unos en otros, y que todos repetimos, como ecos alquilados por la celebridad, suelen ser exageraciones del momento, entusiasmos fugitivos, que tienen tanto de falsos como de pasajeros; connivencias tácitas del vulgo, que rinde ciego culto á todo lo que la casualidad ó el capricho pone en moda, y temo que al encontrarse con ella frente á frente, el lector no vea en ella motivo verdadero de tantas alabanzas; porque, ya se ve, eso que llamamos opinión pública propende por su naturaleza irreflexiva á sacar las cosas de quicio, lo mismo cuando ensalza que cuando vitupera. Sea el que quiera el platillo en que eche el peso de su infeliz autoridad, la balanza ha de inclinarse hasta tocar el lodo de la tierra ó ha de levantarse hasta llegar á las nubes.

Para el mejor efecto de esta presentación, he debido omitir el retrato, hasta que nuestros lectores se hubieran ido acostumbrando al original; he debido tenerla oculta para presentarla de pronto en la ocasión más dramática y en el momento en que se hallara en mayor esplendor su juventud, su belleza y su genio; pero he tenido miedo de al-